

RESEÑAS

VÁZQUEZ GARCÍA, Francisco y CLEMINSON, Richard, *Los invisibles. Una historia de la homosexualidad masculina en España, 1850-1939*, Prólogo a cargo de Chris Perriam, Granada, Comares, colección Comares Historia, 2011, 317 pp. [ISBN: 9788498367836]

El excelente libro de Francisco Vázquez García y Richard Cleminson, publicado originalmente en inglés en 2007¹ y cuya versión al castellano es ampliada en unas cien páginas, viene a llenar un vacío sobre la historia de la homosexualidad y de los homosexuales en nuestro país frente a las habladurías. Por ello, tenemos que saludar el libro de estos investigadores de Cádiz y Leeds respectivamente.

En esta obra, los autores estudian, a partir tanto de fuentes criminológicas y médico-legales como de la literatura de divulgación sexual y textos literarios, la evolución de los diferentes discursos sobre la homosexualidad y sus efectos en la configuración de las subculturas homosexuales en la España de la segunda mitad del siglo XIX hasta el final de la guerra civil, intentando mostrar siempre en qué difería el caso español de los otros países europeos y así dar a conocer un «“modelo mediterráneo” de homosexualidad frente al patrón identitario y noroccidental» (p. 288).

Vázquez y Cleminson analizan los importantes cambios que intervinieron en la conceptualización de los desórdenes mentales, las enfermedades nerviosas y los planteamientos médico-legales respecto a la sexualidad en España entre 1840 y 1915. Las actitudes médicas y jurídicas respecto a la homosexualidad fueron similares entre 1830 y 1928. Hasta esa fecha, no existió en España un divorcio entre la actitud penalizadora de la justicia y la defensa médica por descriminalizar las prácticas homosexuales entre adultos, principalmente porque antes de esa fecha, las relaciones en el ámbito privado no eran un delito. Sin embargo, a partir de esa fecha, buscaron una fisonomía característica de los pederastas, en particular los pederastas pasivos o «andróginos» e intentaron especificar un psiquismo peculiar entre los hermafroditas. La «aberración sexual» fue asociada sobre todo con la desviación de género más que con la desviación en la conducta sexual, afirman nuestros autores. Se asimiló la pederastia pasiva con el afeminamiento. El invertido no transgredía tanto los límites de la normalidad sexual como «los límites que escinden lo femenino de lo masculino» (p. 66). Todos esos moralistas, médicos, etc. se van a preocupar no tanto por la desviación sexual como por la desviación («inversión») de género, «ruina del orden familiar y, en último término, de la supervivencia nacional» (p. 43).

Los autores se preguntan entonces qué ocurrió para que pasáramos de un modelo a otro: ¿Por qué nos preocupamos más hoy por la desviación sexual antes que por la de género? ¿A qué se debía entonces esa preocupación? Los médicos, moralistas, juristas, políticos se centraban principalmente en la «desmasculinización» de la nación, contestan Vázquez y Cleminson. La identidad nacional en

¹ CLEMINSON, R. y VÁZQUEZ GARCÍA, F. (2007), *Los invisibles. A History of Male Homosexuality in Spain, 1850-1939*, Cardiff, University of Wales Press.

España en aquella época se reflejaba a través de un aprendizaje que intentaba distinguir estrictamente los roles sociales según los géneros. Sin esas distinciones, se conducía la nación y la familia a la ruina. Por tanto, para que éstas no degeneraran, distinguían al «degenerado» o invertido de género (afeminado, pasivo, travestido). Ya que no quisieron que la nación y la familia se abrieran a otros modelos de familias y de géneros, existió una importante producción de discursos, tanto «científicos» como políticos para excluir a aquellas personas que no se correspondían con los modelos de género establecidos.

Después del «invertido» apareció el «perverso sexual», pero ese cambio de modelo se debió a un cambio de paradigma en la medicina: se pasó del «estilo anatómico» de la medicina forense al «estilo psiquiátrico de razonamiento» de la medicina mental (p. 43). Además, no fue un cambio brusco de un modelo a otro como en otros países europeos. Los antiguos instrumentos teóricos no desaparecieron con la aparición de las nuevas categorías psiquiátricas. Los nuevos modelos siguieron utilizando los antiguos conceptos (existió una multitud de nociones para calificar lo que denominamos hoy día la homosexualidad). No fue «un proceso lineal, tampoco fue vertical», de ahí la «singularidad del caso español» (p. 52) en comparación con la historiografía gay europea.

A partir de 1915 hasta 1939, el concepto de «inversión sexual» «llegó a denotar tanto la desviación sexual como la de género» (p. 88). De ahí el retraso en España de la recepción del concepto de «homosexualidad» «como condición exclusivamente alusiva a la orientación sexual» (p. 88) según los autores. Además, a partir de este periodo, esas conceptualizaciones médicas y psiquiátricas van a difundirse en los aparatos del Estado y en el imaginario de las profesiones de élite y poco a poco se fueron difundiendo en todo el imaginario nacional. Los autores traen a colación el ejemplo del doctor Maraño y su teoría de «los estados intersexuales» quien pasó por ser uno de los defensores de los homosexuales. En cambio, hubo que esperar hasta mediados de los años 1920 para que las teorías psicoanalíticas freudianas y sus tesis pansexualistas se difundieran frente a importantes discrepancias.

Pero los médicos, psiquiatras y psicoanalistas no fueron los únicos especialistas en preocuparse por la homosexualidad «como un riesgo para la supervivencia de la patria» (p. 213). Los educadores (o pedagogos) también lucharon para evitar la iniciación pederástica en los colegios e internados, pues en el imaginario colectivo se consideraba que el pederasta adulto «era el resultado de una iniciación emprendida durante la infancia y la adolescencia» (p. 143), es decir, que la pederastia se contagiaba, principalmente en los lugares donde no había mujeres. Además, el onanismo se consideraba también una causa de la inversión sexual.

Fue en los años 1920 cuando «el pánico ante el contagio pederástico entre los colegiales alcanza en España su momento culminante» (p. 147). Para evitar el supuesto contagio de la homosexualidad (el afeminamiento), los pedagogos desarrollaron «la higiene escolar, la educación física, las lecciones prácticas al aire libre contemplando el desarrollo de plantas y animales, y la coeducación» para encauzar el instinto sexual (p. 157). Por tanto, a medida que se difundieron los planteamientos freudianos y endocrinológicos de Maraño, se fue imponiendo al mismo tiempo la educación para sublimar el instinto y para diferenciar los sexos. Así, no solo los colegios e internados fueron considerados potencialmente peligrosos para la sexualidad de los menores masculinos, sino también, por ende, la escuela en general, el hogar y la calle. De ahí la lucha contra la pornografía con las «Ligas antipornográficas».

Si bien los legisladores y los pedagogos se preocuparon por la sexualidad y el género de los adolescentes, existió también una «obsesión por la decadencia y la crisis nacional» (p. 171) ligada a la pérdida de virilidad del hombre español. (Sin embargo, no se habla de la masculinización de las mujeres hasta los años 1920.) Por ejemplo, el declive nacional derivado del desastre del 98 fue vinculado a esa pérdida de virilidad. Se debió a la «pasividad» o «inacción» de los hombres. Al igual que la derrota en Marruecos fue analizada por los urólogos, venerólogos y psiquiatras como culpa de los hombres impotentes, signo de una nación debilitada.

Otra dicotomía importante subrayada por Vázquez y Cleminson fue la que se estableció entre «palabra» y «acción». Las naciones más importantes otorgaban valor principalmente a las profesiones técnicas, sinónimas de fuerza y virilidad, mientras que en España se les otorgaba más valor a las profesiones retóricas (el predominio de la abogacía por ejemplo), lo que conllevó el país a la Derrota. Existió toda una serie de escritores regeneracionistas que criticaron el intelectualismo, pues para ellos, lo importante era la educación física para fortalecer no solo a los adolescentes, sino toda la nación.

Por otro lado, otros modelos de masculinidad en España empezaron a aparecer de forma más visible, principalmente en las grandes ciudades gracias al desarrollo del movimiento feminista, el anticlericalismo, la difusión de la sexología y de vanguardias artísticas «cuyos contenidos y cuyos representantes, por su mismo estilo de vida, desafiaban el modelo normativo de la masculinidad establecida» (p. 196). Con todas esas degeneraciones, el movimiento «regeneracionista» se proponía fundar una nueva patria y un nuevo modelo de masculinidad para recobrar la victoria. Para ello, aparecieron el discurso médico sobre la «mujer viriloide» en los años 1920 y la figura del «sodomita conspirador» tras la Guerra Civil, quienes fueron considerados, junto a los comunistas, enemigos de la nación española basada en la fuerza del hombre viril. Todos esos discursos se reflejaron de alguna manera en las subculturas homosexuales en España, pero éstas fueron mucho más que un simple invento de los discursos sexológicos, psiquiátricos, etc.

Con respecto a esas subculturas, a pesar del análisis no exhaustivo de las diversas fuentes tal como lo reconocen los propios autores, la literatura y numerosos testimonios nos muestran otra cara de la homosexualidad en España desde 1850 hasta 1939. En efecto, ésta no se redujo a «un invento imaginado por los sexólogos, psiquiatras y eruditos nacionalistas» (p. 275) sino que, al mismo tiempo, hubo una especie de contra-discurso por parte de los «invisibles». Los autores hablan de la «defensa de una causa» (p. 251). La prostitución masculina era muy presente y muy criticada, existía una abundante literatura homosexual desde Wilde, Gide hasta Nin Frías, pasando por Álvaro Retana. En cambio, poco sabemos de la vida cotidiana de los homosexuales. Vázquez y Cleminson citan los bailes, festejos, teatros de variedades, cabarets, «café cantantes», los urinarios, pero no sabemos de manera detallada cómo funcionaban esos diversos mundos.

Sin embargo, desde un punto de vista más general, no quisiera terminar sin subrayar que los análisis de las obras en cada capítulo quizás pequen de un estudio más sintético. Además, si bien los autores han estado indagando en fuentes médico-legales y literarias mayoritariamente, quizás se pudiera añadir un análisis pormenorizado de los archivos policiales y judiciales para completar el estudio, pues debe de ser una de las fuentes más ricas, al igual que ocurre en otros países. No obstante, estamos frente a una obra pionera sobre la historia de la homosexualidad en España y esperamos que gracias a ella otros estudios innovadores salgan pronto a la luz.

Geoffroy HUARD

Universidad de Cádiz-Université de Picardie

VALLEJO, Gustavo y MIRANDA, Marisa (dirs.), *Derivas de Darwin: cultura y política en clave biológica*, Prólogo de E. Raúl Zaffaroni, Buenos Aires, Siglo XXI Editora Iberoamericana, 2010, 416 pp. [ISBN: 978-987-1013-85-2]

La conmemoración del segundo centenario del nacimiento de Darwin y de los 150 años de la publicación del *Origen de las especies* fue motivo, en 2009, de numerosas e interesantes reuniones científicas, de muchas de las cuales se recoge ahora el fruto en forma de publicación impresa. Es el

caso del volumen que aquí nos ocupa, resultado de la reunión que aconteció en el mes de octubre de dicho año en Chascomús, ciudad de la provincia de Buenos Aires, y en la que participaron especialistas de la propia Argentina, España, Brasil, Cuba, Italia y Chile. La reunión giró, con una orientación amplia y abierta, en torno a los problemas históricos que suscitan el llamado darwinismo social y la eugenesia, que ya habían sido objeto de otros dos encuentros en años anteriores. No se trató en sí, pues, de Darwin, sino más bien de esos productos sociopolíticos y culturales para los que frecuentemente se reclamaba una legitimación en clave darwinista.

El libro, cuya edición ha sido dirigida por Gustavo Vallejo y Marisa Miranda, del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina, comprende diecisiete contribuciones originales, distribuidas según cinco bloques temáticos. El primero, que liga el darwinismo y la eugenesia con la cuestión racial, incluye una aportación de Francisco Pelayo acerca de la relación entre el discurso de la raza y el nacionalismo durante la Primera Guerra Mundial y sus años previos, y en el que repasa rigurosamente algunas de las contribuciones principales a las teorías etnológicas europeas y a las justificaciones en clave evolucionista del militarismo y el belicismo. Por su parte, Ricardo Augusto dos Santos ofrece una aproximación crítica a la historia de la eugenesia, y muy especialmente de la llamada «eugenesia latina» en su desarrollo en Brasil, durante el período de entreguerras y en el contexto del ejercicio del poder y el mantenimiento de la hegemonía. Viene a continuación el estudio de Gustavo Vallejo sobre la conexión italoargentina en lo que respecta a la difusión de la biotipología como parte de la política de expansión intelectual promovida por el fascismo italiano, con terribles consecuencias, entre otros grupos, para los judíos que buscaban en Argentina un refugio a causa de la persecución que sufrían en diversos países europeos en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. Cierra este primer bloque el trabajo de Eugenia Scarzanella, en el que también aparece reflejada la relación entre los proyectos de algunos investigadores italianos y la antropología y la etnología latinoamericanas —con especial atención al caso mexicano—, ahora de la mano de las iniciativas y discursos en torno a los estudios sobre los indígenas que generaron Corrado Gini, en los años treinta, y Luca Cavalli Sforza, ya en el último cuarto del siglo XX.

El segundo bloque, sobre la ligazón entre teorías y prácticas eugenésicas y movimientos políticos de cariz popular, principia con una valoración de la actitud contraria a la eugenesia por parte del gran pensador anarquista Piotr Kropotkin, a cargo de ese gran especialista en la historia del par evolucionismo-anarquismo que es Álvaro Girón. Le siguen Jorge Molero e Isabel Jiménez Lucena, que exploran otro aspecto de la posición anarquista respecto al debate eugenésico, ahora en el contexto español del primer tercio del siglo XX y desde las perspectivas ambientalistas. La lectura contrastada de este trabajo con el de Girón, pone bien a las claras las profundas diferencias de criterio que se manifestaban en el mismo seno del movimiento anarquista sobre el asunto en cuestión. En un universo ideológico completamente diferente, el del peronismo y su política sobre la sanidad infantil —desde la alimentación a la promoción del deporte, pasando por la sexualidad y la educación nacional—, se centra el aporte de Karina Inés Ramacciotti, que clausura esta segunda parte del libro.

La tercera viene definida por estudios que relacionan la eugenesia con el sentido de lo corporal y la valoración de los «otros». El modo de conducir social y políticamente la alteridad de las empleadas domésticas en el Brasil posterior a la esclavitud —y hasta fechas muy recientes— es el tema del turbador trabajo de Luis Ferla, que muestra hasta qué punto un determinado discurso médico puede ser utilizado para, bajo una apariencia de modernidad científica, mantener exclusiones y controles sociales propios de un pasado que muchos creerían superado. Marisa Miranda, por su parte, expone el no menos inquietante caso de las propuestas eugenésicas, represivas de la homosexualidad, que se promovieron en Argentina entre 1930 y 1970, donde además afloran diferentes aspectos de la vieja polémica entre herencia y ambiente, más las tensiones institucionales que afectaron el movimiento eugenésico en aquel país. Cuba es el ámbito geográfico en el que se mueve el análisis de Armando García González acerca de cómo la eugenesia desarrolló una serie de

ideas y prácticas en su abordaje de la locura y la criminalidad, al tiempo que se explora el papel de instituciones como la universidad o las sociedades científicas en la legitimación de unas corrientes que llegaron a reivindicar, al parecer sin éxito en el país caribeño, la experimentación con seres humanos.

El cuarto bloque se mueve en torno al par clásico que conforman las ideas sobre progreso y degeneración. Hugo Biagini aporta un breve acercamiento al ambiente generado en el Ateneo de Montevideo en el período final del siglo XIX, con posiciones contrapuestas en torno al positivismo y el evolucionismo, y actitudes en algún caso francamente racistas. Por su parte, Marcelo Sánchez diserta sobre la popular publicación periódica *Almanaque 18*, editada en Chile por la firma químico-farmacéutica Daube y Cia., que en la década de los veinte del siglo pasado dio extensa cobertura en sus páginas a la difusión de ideas eugenésicas y evolucionistas, en no pocas ocasiones abiertamente racistas, y que además servía de plataforma publicitaria para diversos productos vigorizantes desarrollados por la propia empresa. Ana María Talak nos lleva de nuevo al otro lado de la Cordillera, para revisar los fundamentos evolucionistas de la psicología argentina de comienzos del siglo XX, que desarrolló un ideal de progreso ligado a su vez con actitudes de exclusión y de supuesto combate contra la degeneración, alentado por las políticas liberales en pro de la construcción de un estado nacional fuerte; la propia psicología, en tal contexto, fue estimada como un instrumento de intervención social de gran importancia. La divulgación de las doctrinas evolucionistas y de las ideas sobre la degeneración en la prensa sindical tinerfeña, de nuevo en el arranque del siglo XX, es el tema del escrito de María José Bentancor, que explora la heterogeneidad de posturas y las debilidades formativas y argumentativas sobre tales cuestiones en el semanario *El Obrero*.

El bloque que clausura el libro, por su parte, se centra definitivamente en una época más reciente. Principia con un estudio de María Laura Fernández Pinola sobre cómo ciertos aspectos de la eugenesia estuvieron presentes en el programa fundacional de la UNESCO, a través de Julian Huxley, primero miembro de la comisión preparatoria, y luego su Director general. Sigue con la aportación de Alicia Massarini y Rosa Liascovich, acerca de las consecuencias de exacerbar el alcance de las explicaciones genéticas sobre la conducta humana, con la denuncia de las falsas ilusiones que el reduccionismo genético ha venido generando y del peligroso plegamiento ideológico que puede llegar a implicar. Finalmente, un asunto de plena actualidad, el diseño inteligente, es abordado por Héctor Palma en su análisis en clave ideológica y política del debate entre creacionismo y evolucionismo, que el autor juzga alentado por los intereses de algunos grupos religiosos, pero al que no reconoce ni legitimidad ni provecho teórico.

Estamos, en conjunto, ante una destacable selección de propuestas, que dan cuenta, por un lado, de la multiplicidad de líneas de investigación que suscita la historia del evolucionismo en su proyección hacia la intervención sociopolítica, y por otro, el animado y elevado panorama académico que el ámbito español e iberoamericano ha sido capaz de consolidar en las últimas dos décadas en relación con ese tema. Esto es importante: no es el volumen que estamos comentando fruto de una reunión aislada, convocada contingentemente para una conmemoración —aunque se aproveche de ella con legitimidad—, sino un jalón más en el camino de consolidación institucional de dichas líneas de investigación, que se revelan fructíferas y plenas de rigor e interés. La dirección de la obra, por otro lado, ha sabido dar coherencia interna a este ramillete de trabajos, gracias a una organización temática de los materiales muy acertada. En el debe de los directores, sin embargo, debemos poner algunos aspectos formales; fallos en la unificación de las normas de cita, ausencia de numeración en las ilustraciones —pese a que en el cuerpo del texto sí hay remisiones a las mismas mediante números— y cierta falta de rigor en la reducción de erratas tipográficas e inconsecuencias sintácticas —que en la soledad de cada trabajo no pasan de ser los pequeños errores que todos cometemos, pero que en el conjunto de un libro se hacen fatigosos por un efecto aditivo—, son asuntos que deberían haber quedado resueltos en la versión final. Mención aparte merece un capítulo, redactado originalmente en portugués, cuya traducción al español está repleta de calcos lingüísticos que en ocasiones llegan a dificultar la comprensión del texto, además de hacer irritante su lectura.

Más allá de las grandes virtudes historiográficas que exhiben los trabajos reseñados, sería injusto no poner de relieve hasta qué punto la relevancia del estudio histórico de estas «derivadas de Darwin» se proyecta a la actualidad. En esa insidiosa tendencia a identificar la teoría evolucionista con las penosas consecuencias que su supuesta aplicación social ha tenido, subyace el intento de desacreditar el inmenso valor que para el conocimiento científico de la naturaleza y de la vida tiene el paradigma que hoy por hoy es el fundamento de toda biología digna de ese nombre. Por otra parte, muchas de las derivadas que tuvieron lugar en el pasado están lejos de hallarse superadas en el presente, ni en su propia condición, ni en la supuesta justificación científica que buscan. Como bien dice en su prólogo el profesor emérito Raúl Zaffaroni, no hay que reservar en exceso los juicios éticos, sino manifestarlos con claridad respecto de quienes los merecen. Muchos de los juicios históricos que han expresado los autores en este libro conllevan una evidente carga ética, que vale la pena tener presente para denunciar algunas de las nostalgias antihumanitarias que bajo la excusa de la crisis se reeditan últimamente con una procacidad intolerable.

Jesús I. CATALÁ GORGUES
Universidad CEU Cardenal Herrera

SERRANO MANGAS, Fernando, *El Secreto de los Peñaranda. El universo judeoconverso de la biblioteca de Barcarrota. Siglos XVI y XVII*, Huelva, Universidad de Huelva, 2004, 199 pp. [ISBN: 84-96373-24-X]

WERUAGA PRIETO, Ángel, *Lectores y bibliotecas en la Salamanca moderna 1600-1789*, Salamanca, Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo, 2008, 724 pp. [ISBN: 978-84-9718-534-9]

CHARTIER, Roger, *Escuchar a los muertos con los ojos*, trad. por Laura Fólica, Buenos Aires, Madrid, Katz Editores, 2008, 86 pp. [ISBN: 978-84-96859-30-2]

Dos libros que tienen en común la lectura, el placer, el deber o el negocio de leer. Desde que la historia cultural se ha ocupado de la lectura, la lectura en silencio u oral, la producción de textos, de libros, su difusión, adquisición y atesoramiento es tema central. Sin duda el hablar con los muertos a través de los ojos, como Chartier recordaba de Quevedo, es esencial para la cultura y el saber. También, desde luego, para la vida. Por eso tienen especial interés estos libros que nos hablan de vidas, de biografías de lectores. Uno reconstruye un personaje a través de unos libros escondidos, otro a múltiples a través de sus bibliotecas y legados. Sin duda el libro, los libros, las bibliotecas son testigos de sus lectores, pueden guardar memoria de quienes pasaron sus dedos y sus ojos por sus páginas. Tanto un solo libro, como una gran colección pueden ser testigos de una vida, o de varias, de las que nos dejan recuerdos, que son saberes, emociones, negocios, incluso también olvidos. Por eso los libros no son solo un objeto material, o una propiedad intelectual de un autor, también son fieles servidores que nos han seguido y con los que hemos sido justos o injustos, los hemos querido o menospreciado, mantenido o ignorado. Alguno pudo tener las caricias de Montaigne.

Otro libro, en apariencia sencillo pero que juzgo de primera importancia. Reúne dos textos, la conferencia inaugural de las clases de Roger Chartier en el Collège de France y otra en una importante reunión de historiadores en Tucumán. No hace falta subrayar la categoría que tiene esta tabla de propósitos docentes, dado quien es su autor. Autor bien conocido en el mundo hispano, no entra-

ré en ello, resume bien sus presupuestos y sus intenciones. Más bien me interesan sus palabras en el segundo evento, pues se refieren a un drama perdido de Fletcher y Shakespeare basado en las cervantinas aventuras de Cardenio. Hay que agradecer ese interés por la literatura española del Siglo de Oro. También reconocer el interés del encuentro entre las dos grandes cimas de la historia de la literatura; si bien es triste desde luego que se haya perdido, dará motivo a Chartier a brillantes reflexiones sobre el espíritu y la materia de la escritura, entre volatilidad y permanencia. También al maravilloso encuentro entre novela y teatro, que subraya la teatralidad del Quijote ya mostrada con precisión y rigor por Guillermo Díaz-Plaja. A ello no fue indiferente Guillén de Castro. Encuentra Chartier las razones para la elección del tema por los dramaturgos en la afición por la tragi-comedia, la fuerza de las pasiones y la teatralidad de la novela de Cervantes. En fin, no menos en el encuentro entre esas dos maravillosas figuras, el hidalgo castellano y el noble andaluz, «el melancólico y furioso Cardenio». Sin duda son viejas historias de la melancolía que se iniciaron con los *Problemata* aristotélicos y resurgieron en el Renacimiento en los escritos de Velásquez y Bright, o en la persona del Tasso enfermo. «¿Se entrecruzaron la locura de Cardenio y la del caballero andante...?» (R. Chartier, p. 84 y 69)

Resulta apasionante en el libro de Fernando Serrano Mangas la reconstrucción de la figura de un médico a través de los libros que escondió en su hogar, recientemente descubiertos. Libros de gran valor, incluso alguna desconocida edición del Lazarillo. Nos habla el escondite y el encuentro —y el autor que los estudia— de las lecturas de su dueño, de sus aficiones, sus saberes, pero también de su vida y sus miedos. Los médicos judíos perseguidos por la Inquisición sabían bien el riesgo que corrían si eran descubiertos en sus prácticas o en sus lecturas y devociones. No es extraño pues que alguien asustado o con prisas por escapar disimulase sus aficiones. Además un cuidadoso estudio archivístico nos permite reconstruir la familia, sus enlaces y estrategias, también la figura del médico de la época o el papel de la mujer. Es un prodigio cómo entreteje Fernando Serrano Mangas las informaciones que los archivos proporcionan sobre la vida de distintos profesionales de la sanidad, médicos, cirujanos o boticarios. También acerca de la vida en los pequeños pueblos, las estrategias de las familias, las comunidades judías... saberes, ceremonias, estilos, negocios, sobre sus posesiones (casas, huertas, molinos...), hospitales y cofradías... En fin, el papel de la mujer en las familias, las relaciones con Portugal o el influjo de la Universidad de Salamanca sobre el entorno profesional.

Los libros encontrados pueden ser propios de la profesión médica, o del origen hebreo de su propietario, criptojudío, médico y de Llerena. «Son los libros de un médico, pero son aquellos de los que nadie reconocería en público, o ante la comunidad, su pertenencia, por razones obvias, y más si la situación coyuntural se presentaba peligrosa» (F. Serrano Mangas, p. 25). Al parecer se guardan en 1557, cuando se dirige a Portugal su propietario. Entre los libros aparecen dos obras de Erasmo, algunas de quiromancia, astrología, adivinación, exorcismos...; también *Confusión o confutación de la secta Mahomética y del Alcorán* de Juan Andrés y el *Libro del Alboraique* «un panfleto contra los conversos» según Francisco Rico, «un tratadito dirigido contra los conversos» según Caro Baroja (F. Serrano Mangas, p. 26). De interés literario son *La Cazzaria* de Vignali y el *Lazarillo de Tormes*, añaden la búsqueda de diversión y amenidad, por tanto un toque personal.

Una nómina emerge también y es analizada con gran cuidado. Al parecer eran estos objetos talismanes en viajes y peligros. «La razón de ser de las mismas responde a la incertidumbre y a la inestabilidad a las que se veían sometidos los descendientes de los antiguos hebreos españoles, añadiéndole a lo dicho el riesgo inherente a los continuos y prolongados viajes por caminos y mares plenos de peligros, ya sean por parte del hombre o de la naturaleza, que se derivaban de la actividad mercantil, tan característica de este grupo social» (F. Serrano Mangas, p. 33). Su origen está para el autor no solo en la tradición morisca, también en las de peregrinos, marineros y soldados. Se han encontrado con variadas leyendas amorosas o religiosas, siendo amuletos o mensajes, fuese el portador judío, cristiano o musulmán. La conservada entre los libros nos habla de religión y medicina, de Roma, Peñaranda y Portugal.

Ángel Weruaga Prieto nos presenta un largo y ambicioso trabajo doctoral. Se ha realizado en él un recorrido esforzado por el archivo de protocolos, a través de un largo millar de inventarios. Se han reconocido muchos de esos volúmenes, publicando 1748 títulos identificados. Libros devotos, a la cabeza fray Luis de Granada, libros de historia también. Dedicar páginas interesantes a la lectura femenina, sus bibliotecas en buena parte dirigidas a la distracción y a la devoción. Señala la dificultad en saber en los protocolos a quien pertenece el libro, si al marido o a la mujer. También se pregunta si hay aquí un tipo distinto de lectura, pues el hombre en el uso del libro es más profesional, o bien busca el prestigio y menos el entretenimiento.

Se trata de una ciudad universitaria, entonces tal vez la más importante, que recetaba libros para las lecciones, pero también para los tribunales, las consultas médicas, los confesionarios... «Es un objeto que no sólo les ayuda a alcanzar el saber, llave del poder las menos veces, de un trabajo pagado las más, sino que sirve para combatir a los rivales en los siempre conflictivos claustros universitarios y para exhibir su seducción casi mágica ante los compañeros envidiosos y los analfabetos. Incluso en las bibliotecas eclesiásticas, en las que la profesión y la devoción van de la mano, no podemos dejar de ver en ellas una herramienta al servicio del oficio. En cambio, entre las mujeres la lectura no da poder, si acaso quebrantos por intentar trastocar el orden del mundo y desarrollar una práctica cultural a ellas vedada, de ahí que sólo busquen recreo, realización personal, evasión, conocimiento de sí mismas...» (Á. Weruaga Prieto, p. 234).

Al final da vida a algunos lectores. Importantes son las bibliotecas de los universitarios, así lo muestran los estudios sobre las de la Universidad, así como las colegiales y conventuales. Consiguen esos lectores a través de sus volúmenes el servicio a la corona y a la iglesia, en los largos años de Contrarreforma. Se plantea la existencia de una Ilustración salmantina, que supuso una cierta apertura, a través de la Universidad o las tertulias, como se mostraría en las anatomías, la filosofía de Losada, la escuela poética, la influencia de personajes como Cadalso, Forner o Jovellanos. Hay que añadir las reformas universitarias y no olvidar la familia Torres. Nos detendremos en las páginas que consagra a las bibliotecas de sabios, médicos y científicos. Si bien las de artes (o filosofía) y medicina eran facultades de pequeña importancia en comparación con teología o los derechos civil y canónico, para nosotros tienen especial importancia en esa renovación de la Universidad querida por los primeros Borbones y sus ministros. En su visita a Salamanca, Antonio Ponz dio testimonio de esta mejora.

En las bibliotecas médicas no hay muchas novedades, así faltan movimientos renovadores, como la iatroquímica, no aparece Paracelso. Un par de obras de Diego de Santiago —estudiado por Eugenio Portela— en manos de boticarios tan solo. Rara vez se encuentra Sydenham o Boerhaave, en un mar de pergaminos de Hipócrates, Galeno y Avicena, también de los grandes maestros de las universidades castellanas. Parece comenzar un cambio a partir de 1750, apareciendo Sydenham, Boerhaave, Sthal, Hoffmann, van Swieten..., también Musschenbroek y Duhamel du Monceau, por el interés por la física experimental y las prácticas e instrumentos científicos. Los profesores más ilustrados, las reformas de la Universidad tienen alguna influencia. También analiza las más humildes bibliotecas de cirujanos y boticarios, todos muy tradicionales, destaca en estos la presencia de Dioscórides e incluso alguna cita de Paracelso. Luego la *Farmacopea matritense*. Se podía consultar en la época la biblioteca del Hospital de la Santísima Trinidad.

Muy interesante es la presentación de la biblioteca de dos astrónomos, el primero Antonio Sánchez de Mendoza, buen continuador de Jerónimo Muñoz, con muchos libros antiguos pero también con copernicanos (coincidiendo con su maestro en el olvido de Tycho Brahe), a más de instrumentos científicos. Tenía muy rica biblioteca, en náutica y derecho, así como en escritores clásicos o religiosos. Al parecer es semejante la de Isidoro Ortiz Gallardo, sobrino y continuador de Torres Villarroel. Sin duda, la figura del tío oscurece a los sobrinos. Don Diego con su genialidad literaria también ensombreció su propio papel científico. Presume de introducir por vez primera instrumentos, lo que no es cierto por el recuerdo de Jerónimo Muñoz, que ha estudiado Víctor Navarro. Tam-

bién lo contradice el recuento de instrumentos que señala el autor en manos de su sucesor Sánchez de Mendoza. Pero es evidente que la traducción de Vaugondy por la familia Torres fue científicamente importante, como señaló Horacio Capel. También parecen conocer a Copérnico y Ortíz fue un personaje progresista en el contexto salmantino ilustrado. Sin embargo la biblioteca se diluye en su complejidad y en la falta de obras esenciales, si bien el porcentaje de libros científicos es muy alto. En matemáticas destaca la obra de Juan Pérez de Moya *Aritmética práctica y especulativa*, editada en Salamanca. Está en manos de algunos comerciantes y sobre todo de personajes en relación con los medios académicos.

José Luis PESET
Instituto de Historia, CCHS, CSIC

LUDWIG, Emil, *Tres dictadores: Hitler, Mussolini y Stalin. Y un cuarto: Prusia*, trad. Francisco Ayala, Barcelona, Acontilado, 2011, 161 pp. [ISBN: 978-84-15277-13-2]

OWEN, David, *En el poder y en la enfermedad. Enfermedades de jefes de Estado y de Gobierno en los últimos cien años*, trad. María Condor, Madrid, El Ojo del Tiempo Ediciones Siruela, 2010, 513 pp. [ISBN: 978-84-9841-384-7]

Se trata de dos libros muy distintos, pero semejantes en su intención: mostrar el peligro que personalidades patológicas pueden suponer para los pueblos, las naciones, para la humanidad incluso. Emil Ludwig fue un notable escritor alemán, excelente biógrafo, que en la Europa prebélica y bélica presenta al mundo el peligro de los dictadores entonces en el poder. Es un privilegiado observador, teniendo además la ventaja de haber podido entrevistar a algunos. David Owen es un escritor actual formado en medicina y política, que muestra el papel de variadas patologías en diversos personajes y naciones. Algunos le son cercanos, dados sus oficios ministeriales. El objetivo que en ambos subyace es el papel de las enfermedades individuales en la historia. No se trata, por tanto, de grandes epidemias, también sin duda muy influyentes en los avatares humanos. Se sabe bien desde la «peste de Atenas», en textos de Tucídides y Plutarco, quienes ya señalan en ella el principio del fin de la cultura y la democracia atenienses. Ya evidencian sus mecanismos, hambre, hacinamiento, miedos, rebeliones y protestas, pero también se insiste en la enfermedad y la muerte del gran Pericles. Siglos más tarde Jules Michelet aceptaría la partición del reinado del Rey Sol en dos períodos, divididos por los crueles dolores de su fistula.

Que la grandeza y el genio se ven acompañados de la enfermedad es tanto una obviedad — todos enfermamos y morimos sin remedio — como una antigua teoría que aúna la distinción y el sufrimiento. Desde el escrito *Problemata* —atribuido a Aristóteles y a Teofrasto— se considera que los grandes hombres, grandes en letras o saberes, en arte o en heroísmo sufren del mal melancólico por culpa del humor de la bilis negra. Se altera su mente o su cuerpo, siempre en busca del difícil equilibrio hipocrático y aristotélico. Se recuperan estas ideas en el Renacimiento a través de los manuscritos clásicos y helenísticos leídos por Marsilio Ficino y de nuevo en el Romanticismo repercutiendo en obras como *L'Uomo di genio* de Cesare Lombroso. Tras las doctrinas eugénicas de Francis Galton y las biométricas de Kretschmer o Pende, el nazismo arruinó este pensamiento. Sin embargo la obra *Genie, Irrsinn und Ruhm* de W. Lange-Eichbaum —con múltiples ediciones, antes y después de la segunda guerra— superó este descrédito, como diccionario ameno y divertido de patobiografías. También la tradición religiosa —estudiada por Pedro Laín Entralgo— que reúne enfermedad y pecado o culpa, se hereda. Alguna relación tiene con esta tradición judeocristiana la

obra de Sigmund Freud. La herencia del pecado de Adán y Eva o el de Edipo se mantienen en nuestros días.

Sin duda la literatura de creación bebe en estas fuentes. En esa época en que Ludwig —y Stefan Zweig— escriben, mostraba Gregorio Marañón los condicionamientos que en cuerpo y mente tuvieron Enrique IV o Tiberio. Reunió en sus ensayos sus conocimientos psicológicos y clínicos, así la endocrinología, para entender el comportamiento humano. Las ideas sobre constitución están presentes, así las de Kretschmer. En su estudio sobre el conde duque de Olivares, llama la atención el papel que otorga a la sífilis en el comportamiento, considerando a estos enfermos personajes importantes en la historia. A su vez Thomas Mann, que en *La montaña mágica* había acentuado el papel de la tuberculosis en el período de preguerra, en *Doktor Faustus* la locura engendrada por la enfermedad venérea lleva a Adrian a la genialidad artística. Las dos enfermedades son espejos del tiempo en que se vive y anuncian las dos guerras mundiales. La valía personal y el destino del pueblo alemán dependen de estos sufrimientos. Grandes personajes, como Chopin o Schubert las padecieron.

Son interesantes los puntos de vista que adopta el escritor y biógrafo Emil Ludwig, quien vive los acontecimientos que dramatiza. Es un personaje de la época, a la vez escritor, estudioso y periodista que entrevista a alguno de esos dictadores. Así a Mussolini y Stalin, incluso sabe que Hitler ha leído su biografía de Napoleón, subrayándola con gruesos trazos rojos. También señalará que Stalin hacía constantes dibujos al ser entrevistado, tal vez para no mirar al visitante, con lápiz bicolor, pero usando también el rojo y no el azul. Esta vivencia cercana y lejana la compara con dos personajes que asisten a la ópera en primera y última fila, uno atiende al cantante, el otro al drama, «sus impresiones respectivas se diferencian entre sí tanto como las de una persona que estudia su tiempo y de otra que estudia Historia». Su técnica es cuidada y compleja. «Por eso, en el gran espectáculo que se desarrolla desde hace ya veinticinco años ante nuestros ojos, yo me he reservado dos localidades, una en lo más alto y otra en primer término, y con frecuencia me cambio de sitio durante el mismo acto» (p. 69). Se ha ocupado de estudiar el corazón humano, el carácter de las naciones y sus dirigentes, lo que le ha permitido vaticinar los acontecimientos de la época en que escribe (1939), así la guerra.

Desde las primeras páginas Ludwig se ocupa de señalar aspectos psiquiátricos: Hitler no sería condenado por ser un enfermo mental, afirma. Un «destacado higienista etnólogo», profesor en Munich, lo califica de «convulso demencial» ya en 1923. «Un hombre patológico que, como es frecuente en la Historia, se ha empujado hacia un sentimiento de sí mismo mediante la exageración enfermiza de ciertos motivos, y que de él saca sus resoluciones y actos. Con este temperamento cálido, con esta proclividad a las locas empresas, se distingue por completo de Mussolini, que es frío y cínico. La vinculación, con frecuencia estudiada, de genio y locura se hace clara en los momentos más fuertes de la vida de Adolfo Hitler» (p. 11-12). Esta patología puede convertirlo en inimputable y duda si en un posible juicio un psiquiatra puede considerarlo responsable. Es la gran pregunta de la psiquiatría legal, acerca de la responsabilidad del enfermo mental. Resulta interesante, aunque en esto no acertó, las páginas que dedica a un posible proceso del dictador en La Haya en los años cuarenta (p. 50-61). Precisamente en estos días Rosa Montero —y mil otros— se han preguntado también por «La contagiosa locura del asesino noruego» (*El País semanal*, 21 agosto de 2011, p. 78).

A Ludwig le interesan los caracteres de esos hombres que hacen la historia, a los que llega también por medio de la fisonomía y la conversación. Faltan otros datos íntimos, que con el tiempo se conocerán. Relaciona el carácter de estos personajes con traumas infantiles o juveniles, Hitler y Mussolini son artistas o escritores frustrados, muchos conocen la pobreza y la vida frustrada y dura. «Los psiquiatras saben algo de este anhelo de olvidar un choque o dolencia sufrida en la juventud mediante representaciones gigantescas de sí mismo» (p. 41). Se explica así en Hitler su megalomanía, su oratoria, sus construcciones y exhibiciones públicas; al uso de la fotografía que señala, añadamos el de la cinematografía, así la persecución de la belleza de la imagen en Leny Riefens-tahl. «Tales naturalezas superdensas caen de repente en la tristeza o en la brutalidad» (p. 42). Pre-

senta sus oscilaciones entre exhibicionismo y grandeza y soledad y miedos. También sus extraños y variables gustos.

Mussolini le parece el más interesante, aunque acaba despreciándolo por ceder ante Hitler. Él no era en principio antisemita; sin creer en las ideas racistas, sigue como un cordero al austríaco. Presenta sus retratos, la fisonomía de la cabeza, también sus actitudes y presentaciones en privado y público. Su retrato de los veinte años muestra a un fanático o a un poeta, el escritor que quiso ser. Sus disgustos y frustraciones infantiles y juveniles lo forman, su padre revolucionario, su madre culta, sus lecturas, escritos periodísticos y estudios, sus prisiones, su admiración por César. Caerá en la «monomanía de grandezas», nos dice (p. 77-79). «Se ha elevado a la altura de un concepto y ha resucitado la idea romántica del *condottiere* del Renacimiento y de dictador de la antigüedad. El que entre en la Historia como organizador de importancia o como figura trágica va a depender del quinto acto de su vida: ¿entrará o no entrará en la guerra?» (p. 94).

Nos da una notable biografía del cantor del seminario de Tiflis, hijo de humilde zapatero. No encuentra interesante a Stalin, pero reconoce sus esfuerzos y sufrimientos e incluso su autenticidad. «El auténtico revolucionario —y entre los tres dictadores solamente Stalin lo es— no perderá nunca por completo su primera visión. Quien crea, a causa de un rodeo y desviación sorprendente, que ha renunciado ya a la revolución, llegará un día en que se asombre» (p. 101). Nos insiste en su vida de conspirador, en su lealtad y admiración por Lenin, sus disputas con Trotski. Una vez más utiliza en la confrontación de los dos enemigos, las entrevistas que les hizo y la fisonomía, la comparación de las cabezas. Encuentra a Stalin luchando contra la manía de grandezas, a pesar del culto a la personalidad, nos dice. Pero el mismo Stalin reconoce que la Historia la hacen los héroes, citando *La miseria de la filosofía* de Karl Marx. Pero héroes que conocen la realidad, afirmaba el estudioso de lenguas y pueblos. Si no, son Quijotes. Fue Ludwig inteligente en adivinar el engaño (doble) que el pacto germano soviético suponía, sabía que era una trampa. También que Stalin era más inteligente y triunfaría sobre «su antípoda místico-histórico» (p. 127).

En fin, el autor da un giro interesante en las páginas últimas del volumen. La biografía ya no será de una persona sino de un pueblo. En capítulos anteriores desde luego había tenido en cuenta los pueblos, junto a los dictadores analizados. Pero ahora se centra en Prusia, que también estima una enfermedad. Insiste mucho en el dominio de los Junkers, en el despotismo de sus reyes, en la falta de educación y el terrible sometimiento de los vasallos. No es cuna de sabios ni de artistas, que proceden —salvo excepciones contadas, nos dice— de otras partes de Alemania. Prusia ha estado más tiempo en guerra que en paz, los vasallos reciben tan solo palos en la escuela y en el ejército. Si bien acepta unos cuantos nombres ilustres entre los prusianos, más bien parecen errores. Así Bismarck, por excepción buen gobernante según él, no gustaba de los uniformes. Contradice Prusia al Kant de *La paz perpetua* y también —pudo añadir— al de *La disputa de las facultades*. Y, además, su madre era de Nüremberg. Mejor se adapta el austríaco Hitler, quien combina como el prusiano «brutalidad y mecanismo». Ni siquiera los socialistas prusianos lucharon con el vigor de los otros alemanes, dice olvidando la derivación espartaquista. Sus conclusiones muestran su inteligencia, prediciendo una Europa unida y dos Alemanias, la prusiana y otra que englobaría Austria.

Concluye con un diagnóstico diferencial: tienen estos personajes en común ansia de poder, poco amor, odio, soberbia, ignorancia, venganza, pero notables diferencias. «Resulta de ello que, de los tres, el único convencido es Stalin, el único con personalidad Mussolini, y el único loco Hitler. (...) Dejando aparte la eventualidad de atentados y enfermedades, con que no se puede contar, puede conjeturarse que al final de la guerra Stalin permanecerá todavía en el poder, Mussolini sólo en el caso de continuar neutral, y Hitler, en ningún caso» (p. 160). Cuando estos personajes se olviden, se seguirá hablando de sabios y artistas. «Recaerán, después de la guerra, el poder y el influjo otra vez en el hombre de Estado que sea menos actor y más técnico, menos orador y más especialista. El aire de circo y de cine en que respiran los dictadores de nuestros días será sustituido por un cuarto de trabajo bien ventilado, donde se negocie en lugar de amenazar, y donde en lugar

de tronar se arriesgue incluso la sonrisa» (p. 161). Dudamos que hayan sido eficaces esas críticas al orador y al influjo de la radio, hoy los grandes mítines y la televisión siguen albergando a los líderes, más que esos sosegados cuartos de trabajo.

En sentido inverso, David Owen insiste en el daño que el poder conlleva a quienes lo detentan. Es graciosa la aplicación de este diagnóstico a los personajes de la guerra de Irak, a Bush y Blair, a los que pudo añadir algún otro político. «En otras palabras, la experiencia de estar en el poder ¿puede producir por sí misma en los estados mentales unos cambios que luego se manifiestan en la conducta propia de la *hybris*?» (D. Owen, p. 28). Tomando esta idea del *Fedro* platónico, el autor como ministro de exteriores fue un buen conocedor de algunas enfermedades de gentes poderosas. No faltan casos muy notorios, que van desde Hitler hasta Mitterrand. De otros enfermos ilustres, nos son menos conocidas sus patologías y las posibles relaciones de sus dolencias con sus actuaciones. Nos presenta las de Eden y la crisis de Suez, o bien las de Wilson con motivo de la Sociedad de Naciones. También las enfermedades de Eisenhower, o del Sha de Persia, que les hacen titubear en sus actuaciones y, sobre todo, en su mantenimiento en el poder.

Mima desde luego la figura de John F. Kennedy, personaje que contó con un gran atractivo en todo el mundo. Su fuerza y su debilidad, sus contradicciones hicieron que fuera tildado de «débil y neurótico». Diferente del enérgico militar Eisenhower, tal vez su actuación en el desembarco en Bahía Cochinos y en la crisis de los misiles fue facilitada por una necesidad de compensación y de demostración pública de decisión. Las enfermedades que mantuvo en la sombra hacen al autor llegar a algunas afirmaciones. Son acertadas las referentes a la información al público que el gobernante debe, pero sin duda la valoración de la enfermedad varía según de quien se trate. Y enfermedades graves en unos pueden no serlo en otros, un piloto debe tener extraordinaria vista que otros no necesitan. Bien diferentes son además las patologías, una tuberculosis o un reuma, un tumor o una miopía, una demencia o un catarro. Y también el uso que los medios y el público hacen de las enfermedades de gentes notables es a veces peligroso. El papel de una enfermedad en unas elecciones, en la toma de decisiones, en la retirada de los cargos públicos es notable. Tanto el público como los espías están siempre atentos a las debilidades de los gobernantes. Los informes sobre Kennedy o Krushev condicionaban la actuación de los bloques en la guerra fría. Sin duda, cuando algún mal afecta a un poderoso, famoso o popular personaje, como artistas o sabios, adquiere mayor repercusión, es así fácil relacionar el poder con algunas patologías.

Se lee bien el libro, que es ameno y documentado. Mantiene ese interés por la repercusión de la enfermedad en la vida pública a través de los políticos, llegando a sugerentes propuestas. «Lo que el mundo necesita son líderes más prudentes y más sanos» (D. Owen, p. 489). Pero todos padecemos enfermedades, y no es lo mismo el paciente que el observador. Un problema puede ser considerado leve o grave por el poderoso, por el médico y por la opinión pública y los medios. El número infinito de patologías ha variado a lo largo de los siglos, según épocas, enfermos y tratamientos. Incluso la cirugía no tiene la seriedad que presentaba hace unos siglos. Pero lo que no se le puede negar al autor es que los personajes políticos están sometidos a la mirada del público y a los deberes y las obligaciones de su cargo. En todo caso, el ocultamiento siempre es peligroso.

José Luis PESET

Instituto de Historia, CCHS, CSIC

HERNÁNDEZ LAILLE, Margarita, *Darwinismo y manuales escolares en España e Inglaterra en el siglo XIX (1870-1902)*, Madrid, UNED, 2010, 467pp. [ISBN: 978-84-362-6077-9]

La multitudinaria actividad académica y editorial internacional con la que en el año 2009 se celebró el bicentenario del nacimiento de Charles Darwin y el 150 aniversario de la publicación de *On the Origin of Species*, contó con la aportación de esta revista *Asclepio*, que dedicó el segundo fascículo de dicho año a un número monográfico, bajo el título «La teoría de la evolución. Historia, controversias y perspectivas actuales». Fue una forma de exponer la importancia que tiene en la historia de la ciencia la formulación de la teoría de la evolución de Charles Darwin en el siglo XIX, y su influencia en la cultura y sociedad modernas. Pues bien, la efemérides ha continuado aportando magníficas contribuciones. Un ejemplo es este libro de Margarita Hernández Laille, doctora en Ciencias de la Educación por la UNED, con premio extraordinario. En él se recoge, en un estudio original e inédito, cómo se contemplaron las ideas y teorías de Darwin en los manuales escolares y en las aulas no universitarias de España e Inglaterra, durante el período 1870-1902.

Esta obra es el final de una persistente y elaborada investigación en las bibliotecas de los dos países citados anteriormente y se enmarca en la línea de trabajo del proyecto MANES de la UNED. Becada por esta universidad para realizar su tesis sobre la enseñanza del darwinismo en España e Inglaterra, Margarita Hernández Laille fue nombrada en 2008 *Fellow* de la *Linnean Society* de Londres y desde 2010, es miembro y representante en España de la *Society for the History of Natural History*.

Como indica la autora en la introducción, el primer objetivo de la investigación fue no sólo conocer cuándo se introdujo el evolucionismo darwinista por primera vez en los manuales escolares de ciencias naturales de la enseñanza Secundaria en España e Inglaterra, sino también cómo se produjo este proceso y cuál fue el desarrollo de esta enseñanza. Como un segundo objetivo se planteó indagar la postura de las autoridades políticas y académicas de ambos países ante la introducción del darwinismo en las aulas. Por último, se ha analizado el papel que desempeñaron las respectivas iglesias y las instituciones no dependientes de los poderes públicos.

Aunque la comunidad científica española pronto estuvo al corriente de la publicación de la obra del naturalista inglés, la reacción a las ideas evolucionistas de Darwin en España durante el siglo XIX fue muy tardía. Un factor externo que condicionó la recepción del evolucionismo darwinista en España fue la influencia en la política gubernamental de los sectores católicos más intransigentes, que afectó negativamente a la libertad de enseñanza e impulsó la existencia de una férrea censura oficial. En síntesis, un entorno reaccionario que impidió en la década de los años sesenta, últimos del reinado de Isabel II, la circulación impresa de cuestiones ideológicas perturbadoras para el estatus político dominante, como podía ser la teoría de la evolución de Darwin. Así, no sólo la primera traducción íntegra al español de *On the Origin of Species* se hizo esperar hasta 1877, sino que hasta la apertura de las libertades públicas (libertad religiosa, de imprenta, de enseñanza...), promovidas por los gobiernos democráticos durante el Sexenio Revolucionario (1868-1874), no comenzó a difundirse y discutirse la teoría de la evolución darwinista. En gran medida esta nueva situación fue resultado de la reforma educativa desarrollada en ese período por el grupo de intelectuales liberales seguidor de la filosofía de K.C. Friedrich Krause, cuya concepción sobre la evolución de la naturaleza fue determinante en la acogida del darwinismo en España. Tras la restauración de la monarquía en España en 1875, el ambiente polarizado que caracterizó a la sociedad, provocó que el debate evolucionista alcanzara cotas polémicas, y que, traspasando el medio científico, afectara a todos los ámbitos de la sociedad. Por de pronto, el Real Decreto de 26 de Febrero de 1875, del ministro de Fomento Orovio, que regulaba la libertad de enseñanza impidiendo la libre disertación en las aulas universitarias, dio origen a la protesta y consiguiente separación de sus cátedras del profesorado krausista. La respuesta de éstos fue la fundación de la Institución Libre de

Enseñanza, como una alternativa a la enseñanza oficial que acometiera la renovación pedagógica y el desarrollo y fomento de la investigación científica en España.

Un factor determinante en la recepción del evolucionismo durante los primeros años de la Restauración, período caracterizado por una dura confrontación ideológica, fue la influencia de las tradiciones científicas y culturales procedentes de Francia y Alemania, junto a la ejercida por la filosofía spenceriana. De forma que la reacción inicial al evolucionismo no fue provocado por el impacto directo de la obra de Darwin en la comunidad científica española, sino que se produjo a través de ideas filosóficas y corrientes científicas francesas y alemanas, que estimularon en el ambiente intelectual español la acogida del darwinismo.

El libro de Margarita Hernández Laille, prologado por Diego Núñez, pionero en el estudio del darwinismo en España y referente para todos los que nos hemos dedicado posteriormente a este apartado de la historia de la ciencia, en una parte preliminar alude a la biografía y la obra de Darwin, haciendo especial referencia a su teoría de la evolución por selección natural y a sus ideas religiosas y relativas a la educación. La primera parte del texto, centrada en el estudio del darwinismo en la historiografía de las ciencias naturales y en los manuales escolares de segunda enseñanza, abarca cinco capítulos en los que se aborda respectivamente, el contexto social y político de las primeras décadas de la Restauración española (1874-1902), la postura de la Iglesia española ante la teoría de la selección natural darwinista, las ciencias naturales en el desarrollo del positivismo y del darwinismo en España, el papel de la Institución Libre de Enseñanza en la introducción del darwinismo en la educación, y, por último, el darwinismo en los manuales escolares de ciencias naturales de segunda enseñanza. La segunda parte del libro, dedicada al estudio del darwinismo en la historiografía de las ciencias naturales y en los manuales escolares de segunda enseñanza de Inglaterra, integra otros cinco capítulos, que abordan respectivamente, la recepción y transmisión de la teoría de la evolución de Darwin en la Inglaterra victoriana, la educación científica de Inglaterra durante el último tercio del siglo XIX, la enseñanza de las ciencias naturales en la *Public Schools*, el darwinismo y la influencia universitaria sobre los libros de texto recomendados en las escuelas públicas, para terminar con la presencia de las ideas de Darwin anteriores a la publicación de *On the Origin of Species* (1859) y el darwinismo en los manuales escolares de segunda enseñanza en Inglaterra entre 1859 y 1902. Tras el epílogo, la magna obra de Margarita Hernández Laille, recoge una pormenorizada relación de las fuentes primarias y secundarias utilizadas en la investigación, así como de bibliotecas y archivos consultados, tanto de España como de Inglaterra. Culmina el libro, con once espléndidos apéndices, que incluyen novedosos modelos de fichas de análisis de manuales escolares de ciencias naturales de segunda enseñanza, utilizados en España e Inglaterra.

Con el resumen descrito anteriormente sobre el contenido de la obra, el futuro lector sólo puede hacerse una idea aproximada de la extensa información que se recoge en el texto. Resulta encomiable la exhaustiva labor investigadora realizada por Hernández Laille, de manera que los historiadores de la ciencia especializados en la recepción, crítica y difusión del darwinismo en Europa, Estados Unidos y Latinoamérica, nos encontramos con una ingente cantidad de información que permitirá asentar el conocimiento positivo sobre la interacción de la teoría de la descendencia con modificaciones y su impacto en las ciencias naturales, en la sociedad y cultura occidental de la segunda mitad del siglo XIX. En este sentido, Hernández Laille realiza una especial contribución a la cuestión de la relaciones entre ciencia y religión, y al papel fundamental en el debate entre ambas desempeñado por las obras de Darwin relativas al origen de las especies y de la humanidad.

En síntesis, nos encontramos una trabajada obra que complementa y enriquece los estudios históricos-científicos sobre la introducción de la obra evolucionista de Darwin en España, con el valor añadido de su dimensión comparativa.

Francisco PELAYO

Instituto de Historia, CCHS, CSIC

LANE, Christopher, *La timidez. Cómo la psiquiatría y la industria farmacéutica han convertido emociones cotidianas en enfermedad*, Granada, Zimerman Ediciones, 2011, 294 pp. [ISBN: 9788493804220]

Está previsto que en el año 2013 se publique la quinta versión del *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* (DSM), que llegará con nuevos diagnósticos y umbrales más bajos para los trastornos ya existentes. No exento de críticas por su secretismo, el borrador que apareció hace algo más de un año ha dejado claro que la Asociación Americana de Psiquiatría pretende continuar con el aumento en las tasas de los trastorno mentales, aunque sea a costa de, como señalaron Kutchins y Kirk, volvernos a todos locos (Kutchins, H. y Kirk, S. (1997), *Making us crazy: DSM: The psychiatric bible and the creation of mental disorders*, The Free Press, New York.)

Por poner sólo algunos ejemplos, entre estos diagnósticos, el trastorno mixto de ansiedad depresiva permitirá, a partir de una mezcla de las categorías de ansiedad y depresión, diagnosticar a los que no cumplan los ya de por sí inclusivos criterios de alguno de los dos trastornos, como si la prevalencia de ambos no fuera en la actualidad suficientemente alta. Con la aparición del trastorno por duelo prolongado y el trastorno cognitivo menor, se formaliza el objeto de la crítica que en los últimos años se ha hecho a la medicalización de las fases de la vida por las que, con mejor o peor suerte, la mayoría vamos a pasar: la vejez y el duelo. Pero seguramente el más injusto de los nuevos diagnósticos sea el síndrome de riesgo de psicosis, que con una estimación del 70% de falsos positivos, condenará a un gran número de adolescentes en el mundo entero a la etiqueta de psicosis y a una muy controvertida medicación, dejando abierto además el camino al tratamiento del riesgo.

Ante este panorama poco alentador, resulta muy oportuna la aparición de la edición española del libro de Christopher Lane, publicado originalmente en inglés en 2007, sobre la construcción de la fobia —o ansiedad— social como enfermedad psiquiátrica. Su gran aportación frente a análisis similares es haber tenido acceso a los archivos de la APA para mostrarnos, de manera precisa y minuciosa, la historia de los motivos e intereses que condicionaron la redacción del DSM III. Actas originales, correspondencia y otros documentos de los grupos de trabajo que, junto a las entrevistas con los que participaron en el proceso, no dejan mucho espacio para interpretaciones diferentes a las que nos propone el autor.

Para explicar las principales claves de la historia reciente de la psiquiatría, Lane utiliza a lo largo del libro a modo de hilo conductor la historia del nacimiento y el desarrollo de la fobia social, paradigmática tanto por su vaga definición como por el rápido ascenso de su incidencia, de meramente anecdótica a casi epidémica. La fobia social se incluyó como categoría diagnóstica en el DSM III. Este manual apareció a principios de los años 80 con un gran número de enfermedades, hasta entonces inexistentes, que se introdujeron en el universo psiquiátrico y cambiaron el estatuto de millones de personas que empezaron a ser consideradas y tratadas como enfermas mentales, en el que fue el primer paso para el tratamiento de simples emociones como enfermedades.

El DSM III se diseñó a partir de 1974 como un intento de paliar la crisis de la disciplina psiquiátrica. Varios experimentos acababan de poner al descubierto lo arbitrario del diagnóstico psiquiátrico y el bajo consenso que existía entre profesionales para establecer el mismo. El experimento que tuvo mayor repercusión fue el que llevó a cabo David Rosenhan, que mostró lo fácil que era simular la enfermedad mental. Ocho personas acudieron a las urgencias de diferentes hospitales de Estados Unidos y fingieron como único síntoma oír una voz que les decía «zas». Los ocho fueron ingresados, casi todos con el diagnóstico de esquizofrenia, y pese a que una vez ingresados aseguraron dejar de oír la voz y no presentaron ninguna sintomatología, permanecieron encerrados una media de 19 días, y fueron dados de alta por remisión temporal de los síntomas sin que hubiera sospecha de la simulación. Esto sucedía en un momento de especial crudeza del enfrentamiento entre psicoanalistas y neuropsiquiatras y de aumento del coste sanitario. Las aseguradoras empeza-

ron a inquietarse, ¿por qué iban a pagar por una «enfermedad» que se podía simular y en la que ni siquiera los psiquiatras se ponían de acuerdo? El DSM III fue el intento de calmarlas.

La edición del DSM terminó con la lucha entre neuropsiquiatras y psicoanalistas, resolviéndola a favor de los primeros. Como la intención inicial era mostrar cierta apariencia de neutralidad en la redacción del manual, se eligió al psiquiatra Robert Spitzer, con formación como analista, para presidir el grupo de trabajo. Sin embargo, pronto se mostró evidente que la intención era desbancar a los psicoanalistas, ya que ninguna de las propuestas realizadas por ellos apareció en la versión definitiva del manual. La maniobra para mermar su poder era anterior, pues el propio diseño de un manual que buscara resultados rápidos y estandarizados iba claramente a favorecer a los neuropsiquiatras. La elaboración de un compendio diagnóstico basado en la descripción de síntomas era algo que descartaba la teoría psicoanalítica, ya que para ésta los síntomas muestran tanto como esconden la angustia del paciente. Se eliminó cualquier mención a la neurosis y se pasó a hablar de trastornos, en lo que supuso una biologización de la categoría, un paso del conflicto psicológico a la dolencia médica. La condición biológica se convirtió además en requisito para el pago de las aseguradoras.

El grupo de Spitzer trató de llenar las lagunas e introducir subcategorías, y en 6 años «descubrió» 112 nuevos trastornos. Quizás la mayor sorpresa que deja la lectura de los entramados de la elección de estas categorías no sea la confirmación de lo marcada que estuvo por intereses económicos, ambiciones personales y luchas corporativas, sino el más desconcertante papel que jugaron las decisiones rápidas, la arbitrariedad y la falta absoluta de rigor.

Estudios con evidencia en contra, expertos que plantearon el sesgo a favor de la extraversión e incluso psiquiatras que aseguraron cumplir ellos mismos los criterios diagnósticos, no fueron suficientes para dejar de incluir en el DSM la fobia social, años después transformada en la más amable e inclusiva ansiedad social. Y así, el camino que empezó el grupo de Spitzer fue continuado por las compañías farmacéuticas, que para vender un medicamento, vendieron previamente la enfermedad. ¿Y cómo se vende una enfermedad? mediante presión a profesionales, financiación de asociaciones de afectados, y anuncios directos al consumidor —prohibidos en Europa— en los que se puede prometer desde exuberancia sin esfuerzo hasta sociabilidad entusiasta o virilidad. De ese modo el Paxil® (Paroxetina), se convirtió en uno de los fármacos más utilizados para el tratamiento de la fobia social, pese a no contar con evidencias que demuestren que funciona mejor que un placebo, aunque se hayan creado grupos de afectados por sus efectos secundarios, y a pesar de que, como sucede con el resto de psicofármacos, no se conozcan las consecuencias de su consumo a largo plazo. Los excesos de los psicofármacos son sin duda, el capítulo más oscuro de la medicalización de las emociones.

Frente a algunos análisis críticos con la psiquiatrización y la medicalización que se limitan a analizar la situación sin plantear alternativas, el autor de *La Timidez* ofrece otras explicaciones para la fobia social en los últimos capítulos del libro. No debemos olvidar que aunque la industria y la psiquiatría inventen enfermedades, lo hacen allí donde existe un malestar que busca un sentido, y es por eso que la solución psiquiátrica en cierto modo funciona. Cuando Lane analiza otras explicaciones para la fobia social plantea la insuficiencia del enfoque sociológico, que no explica las diferencias individuales y cuestiona también el tratamiento cognitivo conductual, por lo apresurado y normativo. El autor apuesta claramente por un abordaje psicoanalítico del fenómeno y describe a los ansiosos sociales, de acuerdo con los análisis freudianos del superyó, como hipervigilantes de su comportamiento debido a una aceptación exagerada de las exigencias sociales. Frente a la explicación psicoanalítica la hipótesis cerebral, además de legitimar el abuso en la prescripción de psicofármacos, nos impediría preguntarnos por el significado cultural de la fobia social.

Hay un último aspecto que Lane no tiene en cuenta y que me parece necesario para entender la medicalización de las emociones en toda su complejidad. Ésta no habría sido posible sin el establecimiento previo de una cultura terapéutica que situó en primer lugar el yo y las emociones, que pasaron a entenderse como categorías privilegiadas para interpretar las relaciones sociales y la

realidad; una cultura terapéutica en la que Freud y los psicoanalistas tuvieron un papel central. Las emociones fueron puestas en el centro primero, como objeto de análisis, intervención, reestructuración y mejora a través de la terapia, para luego ser medicalizadas y somatizadas mediante el giro biologicista.

Si nos planteamos buscar alternativas a la solución psicofarmacológica, deberíamos tener en cuenta que algunas características de la lógica terapéutica como el autocentramiento, la autoobservación y la autoevaluación, son precisamente un aspecto central de la fobia social, en la que se da una inversión obsesiva en el yo. Al visitar el popular foro de autoayuda de Internet sobre la fobia social —fobiasocial.net—, que tiene como cabecera *No estás solo*, encontramos algo más que un sesgo en nuestra sociedad a favor de la extraversión, explicación de la fobia social en la que insiste Lane a lo largo de todo el libro. Entre los mensajes más recurrentes se encuentran la desconfianza hacia el otro, la soledad, la imposibilidad de vivir la intimidad y la amistad, y la falta de sentido. Esa imposibilidad de encontrar sentido cuando no hay encuentro ni vínculo compartido es común a la fobia social y la depresión, y si bien difícilmente se puede tratar mediante la corrección de neurotransmisores, no está tampoco claro que sea algo que vaya a resolverse en el diván.

María RENESES

Instituto de Historia, CCHS (CSIC)